

Cinco artículos perdidos de Rafael Alberti

María de los Ángeles González

Rafael Alberti (1903-1999) vivió en Argentina durante veinte años de los más de treinta que duró su destierro de España. En ese largo período visitó frecuentemente Montevideo, veraneó en Punta del Este, trabó lazos de amistad y solidaridad con escritores, artistas e intelectuales uruguayos. Y en forma casi ininterrumpida dio a conocer artículos y poemas en distintas publicaciones montevidéanas. Algunas de estas colaboraciones fueron en su momento inéditas, correspondiendo generalmente a adelantos de algún libro de próxima publicación. En otros casos se trató de textos ya conocidos. Pero hay un tercer tipo de contribución que probablemente él mismo consideró menos relevante en la edificación de su "obra", por tratarse de impresiones directamente vinculadas al contexto político, cuando no destinadas concretamente a la propaganda soviética y que merecen, sin embargo, ser rescatadas.

Los textos que se transcriben a continuación fueron publicados en medios de prensa montevidéanos y no han sido, hasta donde sabemos, recogidos en libro. En 2003, el Prof. Robert Marrast, eminente especialista en la obra de Alberti, quien entonces preparaba una edición de las *Prosas Completas* del escritor gaditano, me informó de la existencia de textos inéditos de Alberti en publicaciones uruguayas, dato que, a su vez, él había obtenido del profesor uruguayo Hugo Rodríguez Urruty, con quien mantuvo contacto epistolar en los años sesenta. No fue difícil encontrar algunos de los títulos que Urruty había mencionado en las páginas de *España Democrática y Frente Popular*. Otros siguen, al parecer, perdidos entre las innumerables publicaciones de la época. En algunos casos, como el de "Radio Sevilla" (publicado en *Frente Popular*, N° 7, Montevideo, 27 de enero de 1937) y "A las brigadas internacionales" (publicado en *Frente Popular*, N° 20, Montevideo, 10 de julio de 1937) fueron recogidos en la edición de las *Obras Completas* de Alberti, en 1988. Una estampa entrañable de Miguel Hernández, "Miguel de tierra y raíz" (Publicado en *España Democrática*, N° 641, Montevideo, 16 de mayo de 1946) reapareció luego como Prólogo a *El rayo que no cesa*, en Buenos Aires.

Durante la pesquisa encontré también dos artículos no mencionados por Urruty, "Heroísmo y gloria de dos ciudades" y "Aquí estuvo Kharkov". Se opta por reproducir aquí aquellos textos que presumimos no recogidos posteriormente en libro. Omitimos los que son versiones de conferencias vertida por un periodista, por ejemplo "Rafael Alberti disertó en torno a la figura de Federico García Lorca", aparecido en *El País*, Montevideo, 24 de noviembre de 1941. Recuperamos estos breves textos periodísticos que, si bien pueden parecer —en especial algunos— muy atados a la circunstancia histórica y a la definida orientación política de Alberti, son una muestra del talento del escritor para la prosa, que sólo desarrollará visiblemente años después, cuando comience a publicar *La Arboleda Perdida*.

Heroísmo y gloria de dos ciudades

por Rafael Alberti

Dos ciudades de Europa: una, casi polar, inmensa en medio de sus noches blancas, con su enorme río saltado de puentes lujosos, con sus agujas áureas, sus lagos y canales, su tremendo pasado, su reciente de afanes constructores, pacíficos, su actualidad de heroísmo sin diques, de arrojo a mares; otra, en el otro extremo, corazón de la cola de todo el continente, alegre y concebida de gracia, surgida en medio de los llanos, con su río minúsculo guardadas las espaldas por la serranía azul, con su pasado grande, su reciente de inexpugnable valentía, su miserable actualidad de muerte, de locura. Dos ciudades, alzadas ahora en el centro del asombro de todos, veneradas, alabadas sin palabras posibles, sin idioma capaz de sus merecimientos: Leningrado, Madrid.

1936. Madrid, 7 de noviembre. ¡No pasarán!

1941. Leningrado. Agosto. Arenga del mariscal Voroshilov: "Leningrado será lo mismo que Madrid. Se defenderá hasta la última gota de sangre".

*Madrid. Por la Casa de Campo
y el Manzanares,
quieren pasar los moros.
¡No pasará nadie!*

El Manzanares, pequeñito y sediento, tan atacado en sátiras y chuffas más o menos poéticas, empieza a ser famoso, a encomiarse su caudal de heroísmo, a crecer en abundancia de ondas, en anchura de pecho invencible.

Toda la ciudad trajina para la defensa. En su noche, en medio de las pausas sordas de los primeros cañonazos enemigos disparados desde Carabanchel, se oye el rebotar de las piedras arrancadas al suelo por manos insomnes de hombres y mujeres. Al amanecer, Madrid opone al invasor en cada calle un difícil zig-zag de barricadas y zanjas antitanques. Cuatro batallones de voluntarios, creados por el espíritu urgente de la hora, envía el quinto regimiento a los barrios extremos y a las afueras. Uno de ellos lleva el nombre de "Leningrado". Gente del pueblo, unida a las milicias, pasa cantando en alud. ¡No pasarán! ¡No pasarán! En las calles cercanas al frente, las viejas hierven aceite en sus cocinas, dispuestas a tirárselo a la cara al primer marroquí que aparezca. Y las mujeres varoniles, cumpliendo la ingenua proclama lanzada por los defensores de la ciudad, se apresuran a llenar de gasolina las botellas para detener la embestida furiosa de los tanques. El aire de la capital se hace como de piedra; todo él es castillo de gloria:

*¡Madrid: qué bien resistes
los bombardeos!
De las bombas se ríen
los madrileños.*



Leningrado. El Neva es inmenso. Sus puentes son como de ópera. Río de la antigua nobleza. Río de San Petersburgo. Río de la Revolución. Río grande para la grandeza de Lenin. Río de Leningrado. Su heroísmo ha de estar a la altura de sus aguas. ¡No pasarán! ¡No pasarán! En la noche se oye el afanarse de ocho millones de manos defensoras. Saltan, resonantes, las piedras. Se acarrea la arena para los sacos terreros. Abren las trampas sus bocas profundas contra las divisiones motorizadas enemigas. Son las mismas que enfrentó el Manzanares. Pero si él era un río chiquito, el Neva, en cambio, tiene fondo como para hacerles desaparecer en la muerte.

Madrid. Madrugas de noviembre. De su corazón surge la Junta de Defensa. Son muchachos, jóvenes nuevos, presididos por un viejo general. Soldados de las Brigadas Internacionales duermen tirados sobre el césped de Recoletos. ¿Por qué estos hombres de todo el mundo? Es que la guerra de España ha conmovido a las buenas conciencias. Y llega la espuma, la flor de cada país a dar su vida en aquellos primeros campos de batalla.

*Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía,
¿qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?...*

...Leningrado. Para imaginarme cómo es ahora tengo que sobreponer al recuerdo que conservo de esta ciudad, visitada por mí en 1937, la última imagen bombardeada de Madrid. Pienso en el Hermitage, en sus nueve kilómetros de suntuosas salas, agobiadas de cuadros, de muebles y objetos; en el radiante tesoro de los zares, en toda esa maravillosa herencia que los Soviets han sabido guardar para su pueblo. Pienso en sus escritores, en aquel grupo compuesto por Ivanov, Fedin, Tikhonov, Vigovski y tantos más, que me recibió, como entonces se hacía con los que llegábamos de España: con el corazón en la mano.

Nuestra guerra era la grave preocupación, el desvelo de todo el pueblo ruso. En cada casa presidía un plano de Madrid, un mapa de la Península. En las fábricas era acogido por los obreros al grito de ¡No pasarán!, y así, de la misma manera conmovedora, en escuelas, teatros, parques infantiles... ¡Cuánto heroico trabajo, cuánto puro entusiasmo, cuánta bien ganada paz! Tan hermosa era ésta, que las mujeres nos las brindaban para calmar los rotos nervios de nuestros pobres niños bombardeados.

Ahora los telegramas y las radios nos dicen que la despiadada artillería alemana ataca la ciudad, rompiendo su equilibrio. Y aquella imagen última de Madrid, con sus rieles de pie, sus casa descuajadas, sus árboles tronchados, sus niños sin cabeza, sus llantos y su cólera, se me aparece confundíendoseme con la de Leningrado, sin llegar de pronto a saber cuál es la una ni la otra. Sin embargo, la voz del mariscal Voroshilov me aclara que es a su ciudad a la que ahora le toca defenderse. "Leningrado será heroica como lo fue Madrid", ha prometido. Y el mundo entero ve que su promesa ya se está cumpliendo.

Moscú. En casa de Máximo Gorki conocí en 1934 al viejo héroe de la guerra civil. Se bebía en honor de los delegados extranjeros al Congreso de Escritores Soviéticos. Junto a Kagano-

Aquí estuvo Kharkov



por Rafael Alberti

—Una vez, al ir hacia Kharkov, en manos de los ejércitos blancos, pensé que iba hacia Granada para libertar a los campesinos. Y nada allí mejor que escribirles una canción de aliento, esta que acabo de recitaros:

...Pero otra canción
sobre un país lejano

llevaba mi amigo,
sola, en su caballo.

Cantaba mirando
su suelo natal:

¡Granada, Granada,
Granada mía!

Al día siguiente, el tren nos llevaba a Kharkov. “¡Granada, Granada, Granada mía!”, repetía su ritmo entre las ruedas. Las llanuras, hasta el horizonte, extendían los riquísimos campos trigueros. Era el instante de su descanso, momentos antes de su sembradura anual. La atención de los hombres de las fábricas y de las ciudades estaba pendiente de la serena calma matriz de las tierras de Ucrania. Sonreían los ojos soviéticos al ver que los kilómetros de campocereal se sucedían ininterrumpidamente. Y, de cuando en cuando señalaban: ¡Un tractor! Y alguien añadía: Son los miles de tractores los que salen de la fábrica de Kharkov.

Se detuvo el tren. La estación de Kharkov, colmada de banderas, de gente. Pensamos: Ha debido de viajar con nosotros algún comisario. Pero el flujo humano se acercaba a nuestro vagón. Nos ofrecieron flores, me besaron en las mejillas.

—Soy el encargado de dar la bienvenida a los escritores en nombre de la fábrica de tractores de Kharkov.

Quien hablaba era un obrero que sabía recibir a la gente. Reía. Nos palmeaba los hombros. Organizaba el traslado de los equipajes al hotel. Luego, llegó una muchacha. Veinte muchachas, con veinte ramos de flores, y música, y vivas! El obrero, con tanto fuego juvenil, hizo callar a la multitud, y en nombre de la ciudad fabril nos saludó con párrafos largos, que eran siempre concluidos por los aplausos enérgicos de los oyentes. ¿Qué milagro vivíamos? ¿Los escritores recibidos en triunfo por aquellas redondas caras ucranianas de las muchachas, por aquellos gritos de la muchedumbre? Pero, ¡por favor! Los escritores de mi país de España, están acostumbrados a que los despidan con malos modos de las Oficinas del Gobierno, como a Gustavo Adolfo Bécquer, o a que tengan que amenazar, como Valle Inclán, con sentarse a pedir limosna a la puerta del subterráneo, exhibiendo su mutilado brazo para causar lástima. ¿Qué sueño vivíamos? Aguardaban los presentes que hablásemos. Y María Teresa saludó en español a los habitantes de Kharkov. Sonaron limpias, y seguramente por primera vez en la historia de aquella estación, las palabras castellanas. Y todos atendían entendiendo, aplaudiendo lo que

ellos veían detrás de nuestro hombro: los obreros, los campesinos de España, que llevan un mismo corazón de trabajos.

Consiguieron los organizadores del recibimiento abrirnos paso hasta los automóviles. Y apareció la ciudad. Kharkov no ha sido más que temporalmente la capital de Ucrania. Cuenta con 700.000 habitantes. Aquí y allá, como si se diesen prisa por crecer hacia el sol, aparecían enormes construcciones. Una monumental plaza circular nos recordó la arquitectura de la Ciudad Universitaria de Madrid. Y luego, atravesando la parte vieja con sus paseos, sus casas bajas y anchas de fachada, y su catedral, llegamos al distrito fabril, asistiendo al nacimiento de un tractor.

Hoy los telegramas nos dicen que Kharkov está en llamas. Miles de corazones han suspendido sus latidos para aguardar noticias. ¿Cómo arderán las construcciones que vieron nuestros ojos? ¿Y la muchacha del ramo de flores? ¿Y las veinte muchachas con sus veinte ramos de flores? ¿Y el obrero de la sonrisa brillante? ¿Y la estación con sus banderas, y la catedral, y la cuna de los tractores con sus 37.000 tractores de producción anual? Kharkov está en llamas. Oigo rugir las entrañas de la ciudad por liberarse de los invasores. Avanzan los que van a libertarla. ¿Y mi amigo Svetlov, el poeta ucraniano? ¿No volverá a ir con sus cosacos que cantaban en los combates, mientras él soñaba con Granada? Cuando los cañones se callen, en la ciudad destruida ninguna cosa estará en su sitio. Alguien, dolorosamente, al ver la devastación, dirá: Aquí fue la batalla de Kharkov. Pero al día siguiente de la batalla, aparecerán, por la magia fuerte de la vida soviética, mis conocidos de unas horas: la muchacha de la cara redonda y el ramo de flores, las veinte muchachas de los veinte ramos de flores, el obrero de la sonrisa brillante, y empezarán a colocar de nuevo uno sobre otro los ladrillos de la futura fábrica de tractores de Kharkov.

Cómo conocí a Máximo Gorki



por Rafael Alberti

Manuel Arturo Elías

Quiero recordar aquí, en América, bajo el temblor de estos álamos carolinus de Córdoba, a aquel viejo ejemplar, alto, fuerte, con ojos de una dulce neblina, de bigotes vencidos por los hielos polares, manos de maestro artesano, venerado en el corazón de los humildes del mundo, subido hasta la altura de un dios de carne y hueso por el amor y el entusiasmo de una inmensa patria. Quiero hablarme y hablaros de Máximo Gorki.

“*Makar vivía en Siberia, ese pobre país lejano amortajado en nieve...*”. Cuando en 1934 atravesaba una Polonia congelada, camino de Rusia, me iba repitiendo, tratándolas de acompañar con el ritmo del tren y el paisaje, estas palabras iniciales de “Makar”, la triste y maravillosa narración de Korolenko.

Siempre, desde niño, había identificado yo la Rusia europea con la Siberia, viéndolas sólo como una extensión sin fin cubierta de nieve, cruzada de trineos conducidos por unos hombrecillos barbudos y ennegrecida muy de tarde en tarde por apretados bosques de abetos susurrantes. Todo, como en no sé qué estampa ilustradora de un librote traído por mi tío Vicente en uno de sus viajes a San Petersburgo.

Cuando, ya en Moscú, durante la sesión inaugural del Congreso de Escritores Soviéticos, vi a Gorki por primera vez, sufriendo ametrallamientos de innumerables máquinas fotográficas y la luz de cuatro potentes reflectores, volví a repetirme, acordándome de Korolenko, alentador del Gorki juvenil, aún vagabundo, el comienzo de su relato: “*Makar vivía en Siberia...*”

—La Siberia, amigo mío, no es hoy, gracias a nuestra Revolución, ningún país lejano sólo amortajado en nieve, ni ya existen allí Makares borrachos y oprimidos, que tenían que soñar con el cielo para saberse felices... Eso era antes.

Así me contestó el joven poeta soviético a quien yo confesaba ingenuamente mi idea infantil de Rusia, identificada con la que de Siberia me había formado a través del viejo escritor.

Sí, desde hacía cerca de veinte años, Makar estaba muerto y sentado para toda la eternidad a la mano derecha del Gran Toyon, después de un largo viaje a caballo entre las nubes. Pero —tenía razón el joven poeta— ese era el pobre y golpeado Makar de los zares, el que desde la nieve y en espera de que sus trampas agarrasen la pata de algún zorro azul para malvenderle la piel, no había podido iluminarse del tramonto de la clara aurora de Octubre; porque el Makar de Lenin, el de después del alba salvadora, estaba allí, anciano, pero contento y recién limpio, ofrendando, gracioso, una esmerada muestra de su trabajo a los escritores de su patria. Y también los niños, los hijos de ese Makar, entre cánticos y banderas, elevaban, en sus manos puras, verdes ramas floridas de paz y de esperanza, siendo el preferido, el venerado, el abuelo que sobre el pedestal de la tribuna del Congreso recibía las ofrendas llorando, sin contención ni disimulo, Máximo Gorki. Aquéllos sí que eran sus héroes, sus exhombres, levantados por fin a categoría humana, unidos en las artes y en los oficios, en todas las nobles profesiones, formando un sólo haz de pensamiento, una sola gavilla granada de presente, estallante de porvenir.

Gorki tenía el don de lágrimas. Su pueblo le estremecía en las raíces hasta hacérselas derramar a raudales por los ojos. Cuando Nikita Izotov, el minero estajanovista de la cuenca del Donetz, subió junto a él para pedir "a los camaradas escritores" que crearan el libro de las minas, de los hombres que en las nuevas condiciones de vida escarbaban las entrañas de la tierra, Gorki lo estrechó conmovido, abrazando en aquel obrero ejemplar al tipo de héroe nuevo, tan soñado por él para su patria. ¡Qué no hubiera llorado hoy, qué fecundas gotas de llanto no hubieran saltado del hondón de su pecho ante el heroísmo sin freno de todos los Nikitas Izotov que combaten por liberar la tierra de su sangre!

Porque si hay hombres que puedan considerar la tierra que trabajan, que los nutre de pan y de respiro, como sustancia de su propio ser, son esos rusos que ahora, y al cabo de veinticinco años de paz arrancada a una de las más cruentas guerras, han hecho de su vida un largo insomnio; una incesante pleamar de valor, un ancho espejo donde mirarse y aprender lo bueno que aún le queda al planeta.

Máximo Gorki nos invitó a su casa a los escritores extranjeros. Recuerdo el viaje hacia ella, un hermoso palacio en las afueras de Moscú, rodeado de jardines, al fondo de un umbrío camino de pinares. Jean Richard Bloch, Aragón, entre los franceses más conocidos; Oscar María Graff, Plivier, Klaus Mann Ernest Toller, entre los alemanes, sin citar los nombres de los griegos, húngaros, americanos, chinos, etc., nos encontramos en el iluminado comedor de Alexis Maximovich. Cena internacional, entre hermanos —¿cuántos hoy desaparecidos?— de todos los países. En medio de una gran algarabía, Tolstoi, Alexis, el autor de la *Vida de Pedro el Grande*, fue nombrado director, "metteur en scene" del banquete.

A él había que obedecer, pleno de poderes para hacer bailar, cantar, discursar o recitar al que quisiese. A la hora de los brindis, se presentó el gobierno, menos Stalin, recibiendo Vorosnilov una inmensa ovación. Sólo en un país como aquél, donde el sentido de la jerarquía es auténtico y nuevo; puede brindarse, tutéandolos, con los más altos jefes y hasta bailar con ellos una danza del Cáucaso.

Casi al alba, ya todos pálidos de alegría fatigada, me acerqué a Gorki para ofrecerle, en nombre de un grupo de escritores de España, un raro ejemplar de *Los desastres de la guerra*, de Goya, en edición de la Real Academia de San Fernando, sacada directamente de las planchas originales que conserva del gran pintor aragonés.

De vuelta hacia el hotel, y cargado de unas inmensas dalias que el propio Gorki había hecho cortar a su jardinero para nosotros, iba diciéndome: "Definitivamente, este país no podrá ser nunca aquel pobre y lejano de Makar, amortajado en nieve".

Y me dormí pensando en lo mío, mientras una patrulla de soldados rojos cantaba por las calles hacia el relevo.

1- La actitud filosófica (frente a la realidad) o su problematización.

2- El modo y la calidad del pensamiento.

3- Las ideas fundamentales, las "ideas para tener en cuenta" que nos deja.

Con respecto a la actitud filosófica, inauguro un comienzo radical en el pensar en cuanto punto de la realidad y replanteo los problemas. El mundo no es que haya soluciones hechas, sino que haya problemas hechos. Como escribíamos en otra oportunidad: "Voz Fursera es el primer nombre que en Hispanoamérica ha periclitado un mundo original. Los americanos escriben —en mayor o menor grado— predilectamente en pensados europeos. Es el punto de él que nuestra sensibilidad se independiza, comienza a existir en el sentido exacto de la palabra. Heredó por una vía propia, por eludiendo las teorías hechas. Y se expresó más su actitud en una composición



Los hombres nuevos del Cáucaso

con la desolación de los campos de batalla. Los hombres nuevos del Cáucaso, reconstruyen sus ciudades y sus instituciones. Han aprendido a pensar, a sentir, a actuar. Han aprendido a plantear sus planes con originalidad asintomática, llevando al porvenir la misma libertad. Sus planes tienen perspectivas y se ejecutan. Justifican la ciudad, helada a la forma de la filosofía como pensamiento de la dominación. En su obra se abate una vez más el "triumfo de la acción analítica". Hasta cuándo haya llegado estos planes, qué se hará, se decide en el campo, no hay que olvidar, en un momento importante. **por Rafael Alberti**

Definidos de pensar y de la cultura de su pensamiento cualquier página nueva de la época de personal, sus horizontes, sus acciones, sus documentos, sus acciones. Desde su amor firme analítica, el "La ambición de Hitler en el terreno del arte de la guerra, es que le reconozcan récords de velocidad. Pero, ¿cómo va a conseguirlo después de la internada en los campos rusos? Los caucásicos, en cambio, rivalizan con los andaluces en el feliz trabajo de sentir que las vides y las higueras maduran. Arde la paz caliente y mansa, cuando hay paz por aquellos campos, y los guerreros que prefieren los caballos de crines sin cortar saben estirarse sobre la yerba adormecida por los cantos de Rustabelli, poeta georgiano medioeval, que emigra, siglo a siglo, en la voz de los sasandaris.

El estudio de los problemas de la libertad y el deber, los problemas sociales, las ideas científicas en pedagogía, las relaciones entre la vida y el Causará buen asombro a los pueblos que contemplan la vida por estrecha ventana que acaba en las sierras, conocer la existencia de un hombre que quiere forzar sus montañas. Me dijeron, orgullosamente, al señalármela desde su base: "Elbrus, 6.000 metros". Venía junto a mí, Ernest Toller, el amigo alemán que, enterrado en un cementerio de Nueva York, no podrá ver como la ofensiva de primavera, preparada por el enemigo de su pueblo, se mella antes de contemplar los picos de las montañas rosas. Estábamos en el centro del Cáucaso; norte, entre los hombres de la república de Casbek; mujeres pequeñas y espigadas; viejos con cascadas de barbas blancas; hombres de cuchillo muy próximo a los dedos; cosacos cabalgados en huesudos caballotes, ágiles como mulas, un torrente de piedras en las laderas del desfiladero, y sobre las colinas menos crecidas, una yerba afelpada. Se habían ido acercando al coche que nos conducía por aquellas rutas sorprendentes. Y después de hablar con el grupo, a través de la interpretación algo caprichosa de nuestras palabras, un viejo, al que se le confundía con las cejas espesas el enorme gorro de pelo de cabra que cubría su cráneo afeitado, concluyó su pensamiento sobre nosotros, acariciando el capó del automóvil, más tiernamente que una yegua: "Grande y poderoso contra sus enemigos ha de ser un país que fabrica semejantes máquinas".

Grande y poderoso es el país que los fabricó para la defensa del Cáucaso. La mano abierta de todos los pueblos de la Rusia, una encima de otra juramentadas, formaron la torre militar que asombró al mundo, que lo asombra diariamente. Pero los más asombrados son, sin duda alguna, esos pobres soldados, reclutas de cañón, a los cuales se les ha prometido la paz casi bíblica de aquellos montes donde florecen los cipreses: el objetivo inalcanzable de los torrentes de agua de Narzán, de los ganados de Nalchik, del petróleo de Bakú, de los viñedos prometedores que alcanza Táfis. Si consiguiesen llegar hasta ellos hombres gigantes, de cintura casi mujeril, ossetinos, kabárdas, balkarskis, despedazarían de nuevo sus montañas para detenerlos. Ellos defienden la entrada a la patria de Stalin. Podrá parecer, a los que conozcas de aquellos venturosos países nada más que la crónica escandalosa de la mala propaganda adversa, que ese detalle no tiene importancia. Y sin embargo no es así. ¿Qué más puede pedir un gobernante que ser creído por su pueblo? ¿Qué más puede querer un pueblo que creer a sus gobernantes? Y no creerlos en el humo de paja de sus palabras, sino de sus actos. La ofensiva soviética demostró que los gobernantes rusos tenían razón.

Y esos hombres del Cáucaso, tribus sangrientas desunidas, pastores nómadas, cosacos impetuosos, gentes del Islam, que aún guardaban el tapiz de las genuflexiones detrás de la puerta cuando yo los visité, han aprendido perfectamente que son libres, dueños de sí, ciudadanos de esa "grande y poderosa nación que fabrica máquinas semejantes". Y hombres.

Los he oído cantar a coro su nueva felicidad sin príncipes, sin látigo, sin velo, sin prestación involuntaria de los hijos para las guerras zaristas, acampados al borde de sus carros en los valles de Aláverdi. Un inexpugnable cinturón de montañas les protegía la fiesta. Soldados del Ejército Rojo fraternizaban, alzando los cuernos de macho cabrío llenos de vino, con los ancianos llenos de sabiduría, que repiten las leyendas del tigre, llegadas de Persia hace cientos de años. Detrás de las barbas homéricas, de la algarabía viril de los bailes, del rutilar de los cuchillos degolladores de corderos; en la sangre animal empurpurando los manteles de yerba del banquete, golpea la sangre de los hombres nuevos del Cáucaso, que forman hoy, sumados a los innúmeros batallones acudidos de todos los confines de Rusia, el ejército que clavó en la nieve la ambición hitleriana para esta primavera.

Dos anécdotas de la vida teatral de García Lorca



por Rafael Alberti

I. En el año veinte o veintiuno estrena Federico su primer ensayo teatral: "El maleficio de la mariposa", obra llena de bailables, que Gregorio Martínez Sierra, uno de los pocos directores con que contaba entonces la pobrísima escena española, le acepta para su teatro: el esclava. Yo no la conozco. Creo que García Lorca jamás la publicó. Pero sé que sus personajes son insectos. Por el propio Federico, que lo contaba muerto de risa, conozco una anécdota del día de su estreno. Gran parte del público no comprendió la obra. "Curianito el nene" o Cucarachito, se llamaba, de manera claramente infantil, uno de los bichitos que intervenían en ella. Pues bien —contaba García Lorca a carcajadas—, cuando Cucarachito, muy alegre, confiesa: *Hoy me desayuné con una mosca*, alguien del público, seguramente el clásico reventador de estrenos, gritó, de manera estentórea: ¡Asqueroso! Y esto a Federico, que sabía, como buen andaluz y buen poeta, reírse de sí mismo, le regocijaba mucho, le divertía extraordinariamente.

II. Leía Federico sus "Títeres de Cachiporra" a Irene López Heredia y a su señor esposo, Mariano Asquerino. García Lorca cantaba al piano la canción de Rosita, la erótica pasión de don Cristóbal:

*Sevilla, ponte de pie,
para no ahogarte en el río...*

Entonces, la Heredia, volviéndose con un gran gesto, que ella creía de comprensión, hacia su inteligente marido, comentó:

—¡Pero qué tía más cursi esta doña Rosita, Mariano! ¡Qué tía más cursi!

Federico, interrumpiendo la música, se quedó avergonzado. Pero por cortesía siguió al momento la lectura. También asistía a ésta un inmenso perro Terranova, desvelado amor de ambos esposos. El centro del saloncito lo adornaba una pequeña mesa de cristal. Federico, ya rehecho de aquel inesperado comentario de la Heredia, continuaba leyendo entusiasmado, cuando Asquerino, que parecía escuchar con profunda atención, gritó, de pronto, a su mujer:

—¡Treinta y dos, Irene! ¡Treinta y dos! ¡Pero qué maravilla!

—¿Qué estás diciendo, Mariano? —preguntó sobresaltada la inteligente esposa.

Y el culto esposo:

—¡El perro, Irene! ¡Treinta y dos vueltas lleva dadas a la mesa! ¡Más que nunca!

Anécdota increíble, triste, reveladora, y que no necesita comentario.